

## EL HOMBRE QUE NO QUERÍA TRABAJAR

Había una vez, en un rancho, un hombre llamado Chanito. Era un hombre flojo, flojísimo, y no quería trabajar. Los señores lo mantenían de gorra porque no hacía absolutamente nada. Un día de tantos, de plano se fastidieron de mantenerlo y le dijeron: - Chanito, ya no podemos seguir dándote tortilla. ¡Ponte a trabajar! - No, trabajar no - contestó Chanito -. Mejor entiérrenme vivo. Le tomaron la palabra. Lo metieron en un cajón y se lo llevaron para el panteón. En el camino se encontraron a un señor que venía de la labor y traía un burro con dos colotes de mazorcas. - ¿Pa'ónde van? -les preguntó. - Pos vamos pal'pantión, a enterrar a Chanito. - ¿qué ya se murió? -dijo el hombre sorprendido. - No hombre. Lo vamos a enterrar vivo porque no quiere trabajar y es muy flojo. - ¡Chanito! - gritó el hombre que venía de la labor. - ¡Qué hombre! ¡Aquí voy! - contestó Chanito. - Pero, Chanito ; ¿Cómo que te van a enterrar vivo? Mira, hombre, aquí llevo un maíz. Tu dirás, te lo regalo pa'que te alivianes unos cuantos días y puedas comer, pero que no te entierren vivo. - ¿Y 'ta desgranao? - preguntó Chanito. - ¡No! Pos'ta en la mazorca. - ¡Ah, no! Entonces que siga mi entierro.

INSTRUCCIONES: CONTESTA LAS SIGUIENTES PREGUNTAS.

1. ¿Por qué querían enterrar a Chanito?

---

2. ¿Cuáles son los lugares en que suceden los hechos?

---

3. ¿Cuáles son los personajes del cuento?

---

4. ¿Quién tiene la culpa de que Chanito sea haragán?

---

---

5. El cuento "El hombre que no quería trabajar", no tiene final, invéntalo y escríbelo en las siguientes líneas:

---

---

---

---

---

GRADO: 2º

## LOS SIETE CABRITOS Y EL LOBO

Érase una vez una vieja cabra, que tenía siete cabritos, a los que amaba tanto como toda madre suele amar a sus hijos. Cierta día tuvo que ir al bosque a buscar alimento para ellos, y antes de dejarlos, les llamó, y les dijo:

-Queridos hijos, tengo que irme al bosque imucho cuidado con el lobo! Si a entrar en nuestra casa, os comería con huesos, y carne, y piel, y todo. El bribón suele disfrazarse muy bien, pero le conoceréis por su ronca voz y sus patas negras.

Los cabritos dijeron:

- Tendremos cuidado querida madre, querida madre. Puedes irte tranquila por nosotros.

Balando tiernamente, la vieja cabra se fue a su trabajo. Antes de que pasara mucho tiempo, alguien llamó a la puerta de la casita, diciendo:

- Abridme la puerta, queridos hijos. Soy vuestra madre que vuelve y os trae comida.

Pero los cabritos conocieron enseguida que aquella voz era la del lobo.

- No queremos abrirte la puerta – gritaron.- No eres nuestra madre. Ella tiene una voz suave y bonita, y la tuya es ronca. Tú eres el Lobo que quiere engañarnos.

Se fue el Lobo a la tienda y compró claras de huevo, que tomó, y su voz se retornó suave y bonita cariñosa. Volviendo a casa de la cabra, llamó a la puerta de nuevo, diciendo:

- Abridme la puerta, mis queridos hijos. Soy vuestra madre que vuelve y os trae la comida.

Pero el Lobo había apoyado una de sus patas en la rendija de la puerta y los cabritos la vieron y gritaron:

- No podemos abrirte la puerta. Las patitas de nuestra madre son blancas y lindas. Las tuyas son negras, porque eres el Lobo.

Entonces el Lobo se fue a casa del panadero y le dijo:

- Ponme un poco de harina en las patas.

El molinero pesó: "Este viejo Lobo quiere engañar a alguien", y se negó a lo que le pedía.

Pero el Lobo dijo:

- El molinero pensó: "Este viejo Lobo quiere engañar a alguien", y se negó a lo que le pedía.

Pero el Lobo dijo:

- Si no lo haces te comeré.

El molinero, asustado, le enharinó las patas. La gente es miedosa...

Entonces el bribón fue por tercera vez a llamar a casa de la cabra y dijo:

- Abridme la puerta, hijos míos. Soy vuestra madre que vuelve del bosque y os trae comida.

Los cabritos gritaron:

- Enséñanos primero tus patas, para que estemos seguros de que no nos engañas.

Les mostró el lobo las patas por la rendija, y cuando las vieron tan blancas y finas, creyeron en el engaño y le abrieron la puerta.

¡Ay, ay, ay! Era el lobo, que entraba en la casa. Los pobres cabritos aterrados, trataron de esconderse. Uno se metió debajo de la mesa, el segundo se subió a la cama, el tercero se metió en el horno, el cuarto corrió a la cocina, el quinto se encerró en la alacena, el sexto se metió en el lavadero y el séptimo se escondió en la caja del reloj, y al cual no pudo encontrar. Cuando hubo satisfecho su apetito, se marchó, y, echándose al lado del río, pronto se quedó dormido.

No tardó mucho la cabra de volver del bosque. ¡Oh, qué terrible visión contemplaron sus ojos! La puerta de la casa estaba abierta de par en par. La mesa, las sillas, los bancos, todo estaba patas arriba; colchas y mantas caían de la cama, la vajilla estaba hecha pedazos. Por toda la casa buscó a sus hijitos, pero no los pudo encontrar. Uno por uno los llamaba por sus nombres, pero ninguno le contestó. Por último,

cuando hubo llamado al pequeño, oyó una débil voz que gritaba:

- Aquí estoy, querida madre, escondido en la caja del reloj.

La madre lo sacó de su escondrijo, y él le contó como el lobo había venido y devorado a todos sus hermanos.

Es de suponer como lloraría la pobre cabra a sus hijitos.

Por último siempre apenada, se decidió a salir, y el cabrito más pequeño salió también corriendo, a su lado. Cuando llegaron junto al río, vieron al lobo dormido bajo un árbol, haciendo temblar las ramas con sus ronquidos. Lo examinaron por todos lados y pudieron observar ciertos movimientos dentro de su vientre hinchado.

- ¡Dios mío, Dios mío! – pensó la cabra. - ¿será posible que mis pobres hijos, a quienes esta fiera se ha comido para cenar, vivan todavía?

Envió al cabrito a su casa en busca de tijeras, dedal, agujas e hilo. Entonces cortó un gran ojal en el vientre de la bestia, y, apenas había empezado su tarea, cuando un precioso cabrito asomó su cabeza por el agujero, y apenas este fue suficientemente grande, los seis hijitos de la cabra salieron saltando y bailando, uno tras otro, todos vivos y sin haber sufrido lo más mínimo, pues, en su glotonería, el lobo los había tragado enteros y sin masticar. Es fácil imaginar la alegría de la cabra. Los acariciaba, y brincaba tan contenta como un sastrecillo en día de boda.

Por último dijo:

- ¡Id a buscar algunas piedras grandes, hijos míos, y llenaremos con ellas el cuerpo del lobo, mientras sigue durmiendo.

Cuando los siete cabritos trajeron, tan de prisa como les fue posible, un gran número de piedras, llenaron con ellas la barriga del lobo hasta que no cupieron más. La vieja cabra cosió luego, de prisa, de prisa, el agujero, sin que el animal se diera cuenta de nada ni moviera una pata.

Al fin, cuando el lobo se despertó, las piedras le habían dado mucha sed, y se acercó al río para beber. Pero las piedras pesaban, pesaban, y tiraban de él hacia la corriente. Entonces exclamó:

Me duele todo: la carne y el hueso.  
En la barriga siento un gran peso.  
Los seis cabritos enteros comí,  
Y ahora, como piedras, tiran de mí.

Y al tocar con el hocico el agua, las piedras le arrastraron y cayó en la corriente.

Cuando los siete cabritos supieron lo sucedido, se apresuraron a correr a su casa gritando con toda su alma:

- ¡El lobo ha muerto, el lobo ha muerto! – Y ellos y su madre cantaron y bailaron alegremente toda la noche.

INSTRUCCIONES: CONTESTA LAS SIGUIENTES PREGUNTAS.

1. ¿Cómo reconocieron los cabritos al lobo, la primera vez que quiso engañarlos?

---

2. ¿Cómo reconocieron los cabritos al lobo, la segunda vez que quiso engañarlos?

---

3. ¿Qué hizo el lobo para poder engañar a los cabritos?

---

4. ¿Por qué el lobo no pudo comerse al más pequeño de los cabritos?

---

5. ¿Qué error del lobo pudo aprovechar la mamá de los cabritos para poderlos salvar de la muerte?

---

6. ¿Cómo terminó el cuento?

---

---



GRADO: 3°

## LOS TRES LENGUAJES

Vivía en Suiza un viejo conde que tenía un hijo único, pero era el pobre tan tonto, que no podía aprender nada. Su padre le dijo cierto día:

- Escúchame, hijo mío. Me ha sido imposible meter nada en tu cabeza, por más esfuerzos que he hecho. Será preciso que salgas de casa y estés junto a un profesor famoso durante un año entero.

Cuando concluyó el año, el chico volvió a su casa y el padre le preguntó:

- ¿Qué has aprendido, hijo mío?

- Padre mío – contestó el muchacho: - he aprendido el lenguaje de los perros.

- ¡Válgame Dios! – gritó el padre. - ¿Es eso todo lo que has aprendido? Tendré que enviarte con otro profesor a otra ciudad.

De nuevo salió el joven de su casa, y permaneció con un nuevo profesor durante un año entero. A su regreso, su padre le preguntó de nuevo:

- Y ahora, hijo mío, ¿qué has aprendido?

El joven contestó:

- He aprendido el lenguaje de los pájaros.

El padre se puso furioso y le dijo:

- ¡Infeliz criatura! ¿Todo este precioso tiempo has gastado en no aprender nada? ¿Y no te da vergüenza presentarte ante mí? Te enviaré con un tercer profesor, pero si no aprendes nada durante el año entero, haré cuenta de que no eres mi hijo.

El joven permaneció con el tercer profesor, del mismo modo que con los anteriores, durante un año entero, y, cuando volvió otra vez a su casa, su padre le preguntó:

- ¿Qué has aprendido ahora hijo mío?

- He aprendido el lenguaje de las ranas, padre mío – contestó él.

Esta vez el padre se encolerizó de tal modo, que exclamó:

- Este muchacho no puede ser mi hijo. Que lo lleven al bosque y que lo maten.

Pero el hombre encargado de matar al muchacho, tuvo lástima de él y le dejó escapar. Después sacó los ojos y la lengua de un venado para poder llevar estas pruebas del hecho al viejo conde.

El joven anduvo y, por último, llegó a un castillo, donde pidió alojamiento para pasar la noche.

- Perfectamente – dijo el señor del castillo. – Si quieres pasar la noche en la vieja torre, puedes hacerlo, pero te advierto que arriesgas tu vida, pues la torre está llena de

perros salvajes. Toda la noche ladran y gritan sin cesar y, a ciertas horas, devoran a cuantos se acercan a ellos.

El país estaba amenazado por los perros salvajes, pero nadie ponía remedio a aquella calamidad. El joven, sin embargo, no tuvo ningún miedo, y dijo:

- Llévame a donde están esos perros y dadme algo que echarles, estoy seguro de que no me harán daño.

Se llevó alguna carne que dar a los perros salvajes y subió a la torre.

Los perros no le ladraron, al verle, sino que le rodearon, meneando la cola de manera amistosa, comieron la carne que el les echó y no le tocaron ningún pelo de la cabeza.

A la mañana siguiente, con gran sorpresa de todo el mundo, el joven apareció en el salón y pidió hablar al señor del castillo.

- Los perros – dijo- me han revelado, en su propio lenguaje, porque viven aquí y por qué causan tantos trastornos al país. Están encantados y obligados a guardar un gran tesoro que está oculto bajo la torre. No se marcharán hasta que alguien vaya a rescatarlo, para lo cual me han prometido también darme sus instrucciones.

Cuantos le escucharon quedaron asombrados y el señor del castillo dijo que lo adoptaría por hijo si triunfaba en aquella proeza.

Volvió el joven a la torre y realizó su tarea y volvió llevando un arca llena de oro. Desde aquel momento no se oyó más el ladrido de los perros salvajes. Estos desaparecieron y el país quedó libre de aquella amenaza.

Poco tiempo después se le metió en la cabeza ir a Roma. En su camino pasó por un estanque, en el que croaban un buen número de ranas. Las escuchó atentamente y al entender lo que decían, se puso triste y pensativo.

Por último llegó a Roma en el momento en que el Papa acababa de morir y los cardenales se habían reunido para escoger a su sucesor. Estaban indecisos, y por fin acordaron que nombrarían Papa al hombre sobre quien el cielo hiciese un milagro.

Apenas habían manifestado esta decisión, cuando el joven conde entro en la iglesia, e inmediatamente dos palomas blancas como la nieve, volaron sobre el y se detuvieron en sus hombros. Los cardenales reconocieron esto como un aviso del cielo, y le preguntaron si quería ser Papa.

El joven no se decidía, pues no se creía digno de ocupar tal puesto, pero las palomas le dijeron que aceptase y, por último, tuvo que decir que sí.

Fue, en efecto, elegido y consagrado, y entonces se supo lo que había oído decir a las ranas en su viaje, y que tanto le había preocupado... Le habían anunciado que sería Papa.

Cuando por primera vez tuvo que cantar misa, no sabía una palabra de la ceremonia. Pero las dos palomas se posaron en sus hombros y fueron diciéndole una por una todas las palabras.

INSTRUCCIONES: CONTESTA LAS SIGUIENTES PREGUNTAS.

1. ¿Qué comunicaron los perros al hijo del conde?

---

---

2. ¿Qué le comunicaron las ranas al hijo del conde?

---

---

3. ¿Qué le dijeron las palomas al hijo del conde?

---

---

4. ¿Por qué el viejo conde se enojó con su hijo?

---

---

5. ¿Fue correcta la decisión del viejo conde al despreciar a su hijo?

---

---

¿Por qué?

---

---

---